

En memoria de Carlos Blanco Aguinaga

MANUEL AZNAR SOLER
GEXEL-CEFID Universitat Autònoma de Barcelona

Carlos Blanco Aguinaga (Irún, 9 de noviembre de 1926 - La Jolla-California, 12 de septiembre de 2013), catedrático de las universidades del País Vasco (Vitoria-Gasteiz) y California (San Diego), historiador, ensayista, crítico literario, novelista y poeta, fue «uno de los muchos sabios que Franco regaló a México y Estados Unidos».¹ Y, en mi educación sentimental antifranquista, otro de los maestros perdidos por la victoria franquista de 1939, otro eslabón más de una cadena de intelectuales de nuestro exilio republicano (Vicente Llorens, Adolfo Sánchez Vázquez, por ejemplo) que debieran haber sido catedráticos en universidades españolas y no en las de México o Estados Unidos. Escribo por tanto estas líneas, y no tengo por qué ocultarlo, en homenaje a la memoria de Carlos Blanco Aguinaga como testimonio de mi admiración intelectual y de mi afecto humano por uno más de mis maestros perdidos, esos maestros perdidos que tuvieron que exiliarse en 1939.

Recuerdo perfectamente el impacto profundo que me produjo la lectura de *Juventud del 98* (Madrid, Siglo XXI, 1970; segunda edición: Barcelona, Crítica, 1977; tercera edición: Madrid, Taurus, 1998) durante el otoño-invierno de aquel

mismo año 1970, una lectura vinculada a la asignatura de «Estética y sociología de la literatura» de la que era responsable entonces José-Carlos Mainer en la Universitat de Barcelona. Toda la manipulación ideológica y política que el franquismo había inventado en torno a la supuesta «generación del 98» con objeto de reivindicar una tradición intelectual para el nacionalismo español, era desenmascarada por un estudioso que, con el debido rigor científico, iluminaba, en el contexto de aquella «crisis de 1898», tanto el socialismo de Unamuno entre 1894 y 1897 como el anarquismo militante de José Martínez Ruiz en sus primeros libros, o el *Hacia otra España* de Maeztu o las novelas de Blasco Ibáñez y Baroja. Desde entonces me convertí en un fiel lector de Carlos Blanco Aguinaga.

Antes de publicar *Juventud del 98* en 1970, Blanco Aguinaga ya era autor de *Unamuno, teórico del lenguaje* y de *El Unamuno contemplativo*, libros ambos publicados por el muy prestigioso El Colegio de México en 1954 y 1959, respectivamente. Y ya se había interesado también por Emilio Prados, uno de sus poetas predilectos entre los del exilio republicano español de 1939 en México, del que había publicado *Emilio Prados. Vida y obra* (Nueva York, 1960) y *Lista de los papeles de Emilio Prados* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1967). Libros a los que seguirían su edición de *Cuerpo perseguido* (Barcelona, Labor, 1971) y, en colaboración con Antonio Carreira, la edición y el estudio introductorio de sus *Poesías completas* (México, Aguilar, 1976, dos volúmenes; segunda edición:

¹ «Carlos Blanco Aguinaga, una visión social de la literatura». *El País*, Barcelona (13 de septiembre de 2013), p. 43.

Madrid, Visor, 1998, dos volúmenes). E inclusive, como veremos, convirtió la vida y obra del poeta en materia de creación literaria.

Interesado por la narrativa decimonónica y, más concretamente, por la galdosiana, publicó, en colaboración con su hija Alda, una edición de *La de Bringas* (Madrid, Cátedra, 1983), así como *La historia y el texto literario: tres novelas de Galdós* (Madrid, Nuestra Cultura, 1978), tres estudios desde un enfoque marxista sobre *El amigo Manso*, *Fortunata y Jacinta* y la serie de *Torquemada*. Tres novelas galdosianas que, tal y como el propio autor explica en el «prólogo» de su libro, «tratan de la formación del «bloque de poder» oligárquico que dominó la Restauración; pero en las dos primeras, *El amigo Manso* y *Fortunata y Jacinta* se trata de la función ideológica de ese bloque, en tanto que en la serie de *Torquemada*, bien formado ya el bloque, se trata de sus relaciones socio-económicas e ideológicas y de sus contradicciones».

Capítulo aparte merece la aparición en 1978 de una *Historia social de la literatura española* (Madrid, Castalia, 1978, tres volúmenes), escrita en colaboración con Julio Rodríguez Puértolas e Iris Zavala, que provocó en su momento una dura polémica entre la crítica por su enfoque marxista y no sólo por algunas de sus interpretaciones ideológicas y políticas sino también por algunas de sus valoraciones éticas y estéticas de obras y autores.

Por su parte, en *Sobre el modernismo, desde la periferia* (Granada, Comares, 1998), el autor realiza una relectura del canon del «pre-modernismo», plantea la vinculación entre el modernismo y las vanguardias y estudia «la lucha de

contrarios» como característica central del «modernismo», para concluir que, «tanto la idea de modernidad como el llamado “modernismo” son fenómenos que resultan de las contradicciones internas del capitalismo».

Pero ya desde su libro *De mitólogos y novelistas* (Madrid, Turner, 1975) se evidenciaba también el lógico interés de un exiliado hispano-mexicano como él por la literatura latinoamericana, porque en este libro suyo, además de un análisis de la *Reivindicación del conde don Julián* de Juan Goytisolo, se incluían cuatro estudios más, escritos entre 1968 y 1973, sobre Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Octavio Paz. No olvidemos tampoco su edición de *El llano en llamas* de Juan Rulfo (Madrid, Cátedra, 1985), así como numerosos artículos sobre poetas como Rubén Darío («La ideología de las clases dominantes en la obra de Rubén Darío» de 1980) y Julián del Casal, de quien publicó «Crítica marxista y poesía. Lectura de un poema de Julián del Casal» y «Lectura de «Neurosis» de Julián del Casal, también en 1980.

Literatura y vida, literatura e historia, literatura y política, el compromiso cívico con los chicanos fue permanente en Blanco Aguinaga y fruto de ello es la publicación en 1978, en colaboración con Juan Rodríguez y Rosaura Sánchez, de *La realidad chicana. Contribución a la historia de las ideas*.

Finalmente, con la brevedad debida, cabe destacar que, con el título intencionadamente antimonárquico de *De Restauración a Restauración (ensayos sobre literatura, historia e ideología)*, Carlos Blanco Aguinaga reunió trece estudios que comprenden, desde Galdós a la narrativa

de la transición democrática, cien años de literatura española cuya unidad, como advierte el propio autor, viene dada «por un punto de vista, por una manera de leer la literatura en relación con su historicidad y con la ideología». Así, los jóvenes del 98 contra la Restauración, Unamuno, Noventay ocho y Modernismo, la herencia cultural de los poetas del 27, Emilio Prados y la poesía republicana de la guerra civil, Blas de Otero, Juan Goytisolo y la recepción de la narrativa del «Boom» en España son algunos de los temas estudiados desde esa lucidez interpretativa y ese rigor crítico que siempre le caracterizaron. Sin embargo, mención especial merecen tres estudios («En el exilio: la Primavera (perdida) y la Historia», «La cuestión de la vuelta en los poetas del exilio mexicano» y «Problemas que plantea para la historia literaria el exilio español de 1939») incluidos también en *De Restauración a Restauración* y que se refieren a la literatura de nuestro exilio republicano de 1939, un tema en el que, por razones obvias, me interesa más adelantar profundizar.

A los cincuenta y ocho años Carlos Blanco Aguinaga nos sorprendió² con la publicación de su primera novela, revelación de que el historiador y crítico literario no había renunciado nunca a la creación. Se estrenó con una suerte de novela policiaca protagonizada por el detective Sánchez, *Ojos de papel volando* (Barcelona, Gri-

jalbo, 1984), a la que siguió *Un tiempo tuyo* (Madrid, Alfaguara, 1988), en donde, a través de siete fragmentos narrativos, se conjugan en polifonía y diálogo coral las voces de dos mujeres (Carmen y Rocío), dos brigadistas internacionales (el alemán Klaus y el norteamericano Robert, de Columbus, Ohio) y, en el eje central (fragmento 4), la de Charles Gardes/Carlos Gardel. Muy vinculadas a su experiencia del exilio, recuperación de la memoria a través de la escritura («Me niego a aceptar que no importe lo que se cuenta y sólo importe el cómo se cuenta», declaraba en 1990), están tanto *Carretera de Cuernavaca* (Madrid, Alfaguara, 1990) como *Esperando la lluvia de la tarde (fábula de exilios)* (Madrid, Brand Editorial, colección Auryn Narrativa, 2000) y *En voz continua* (Madrid, Alfaguara, 1997), homenaje al poeta Emilio Prados y nueva prueba del interés, cariño y admiración que le suscitaba el poeta exiliado, ya muerto en México. El novelista utiliza aquí datos de la biografía de Prados, confiesa plagiar un par de cartas suyas y algunas páginas de un muy breve diario juvenil, cita versos del poeta y añade que, «aunque prácticamente todo lo que aquí se cuenta es inventado, quiero creer que la ficción se funda en realidades de un momento de la cultura española que, aunque ya relativamente lejano en el tiempo, siguen siendo historia viva en las entrañas de la memoria». Más breve pero no menos interesante es *Ya no bailan*

² Carlos Blanco Aguinaga relata en su segundo libro de memorias que, ante la segunda edición de la *Historia social de la literatura española*, «una de mis tareas era ponerme al corriente de la narrativa más reciente, y en aquel piso de Caracas leí novela tras novela de los entonces más jóvenes autores. Hasta que me aburrí de leer novelas y –lo recuerdo exactamente– según desayunábamos una mañana le dije a Iris: “Voy yo a escribir una novela”. Me miró como si de repente me hubiese vuelto loco. Me reí, terminé mi café y me senté frente a la máquina de escribir. Había por fin entendido que siempre había querido escribir ficciones. (...) No podía yo saberlo entonces, pero había iniciado el trabajo que ha ocupado lo más y mejor de mi tiempo desde entonces» (*De mal asiento*. Barcelona, Caballo de Troya, 2010, pp. 290-292).

los pescadores de Pismo Beach (Zaragoza, Las Tres Sorores, 1998), novela sobre el mar y los marineros (los portugueses Manoel y Antonio), experiencia a la que el propio autor no fue ajeno porque, al terminar sus estudios, se enroló como marino mercante por un tiempo. Y, por último, *Contra-Bando(s)* (México, Universidad Autónoma Metropolitana, colección Libros del Laberinto, 2007) reúne tres narraciones independientes («Carretera de Cuernavaca», «Contra-Bando(s)» y «Manuscrito perdido en Valencia»), esta última dedicada a Nigel Dennis, presidente de la República bergaminiana y también buen amigo del GEXEL, fallecido el 16 de abril del presente año 2013. En esta interesante, irónica e inteligente narración el escritor Martín, a través de sucesivos diálogos con el poeta alcohólico Gamarra y con Sonia, persigue obsesivamente la pista del manuscrito perdido de *El triunfo de las Germanías*, una obra dramática de Manuel Altolaquirre y José Bergamín que fue estrenada en el Teatro Principal de Valencia en 1937, manuscrito descubierto en la ficción por un personaje llamado irónica y afectuosamente Jack Daniels, el investigador inglés que vive en la desolada Escocia. Una edición que me consta que Nigel Dennis estaba preparando y que probablemente ha dejado inconclusa.

Mayor sorpresa aún, si cabe, la constituyó la publicación aún más tardía de sus poemas con el título de *D. F. y alrededores* (Veracruz, Instituto Veracruzano de Cultura, Cuadernos de Veracruz, 2007), versos que comprenden toda una vida, desde la infancia y adolescencia, «la edad más

transparente» en «la región más transparente» – Carlos Fuentes dixit–: «Cuando eras chamaco / y levantabas la vista / veías los volcanes / desde cualquier esquina. / Era entonces / la edad más transparente») hasta el presagio de la inminencia de la muerte («Lo importante ya, / a estas alturas, / es morir bien. / Y quiero decir / no sólo sin excesivos / dolores propios, / sino sin provocar / excesivos dolores en los demás. / Quienes, por otra parte, / han de saber de sobra que uno, / como todos, tiene un día / que morirse»).

Pero volvamos al tema del exilio, que es el que, aquí y ahora, me interesa profundizar. Porque, con el paso del tiempo y a partir de aquella lectura temprana de 1970, tuve el privilegio de compartir con Carlos Blanco Aguinaga encuentros y reencuentros, intereses intelectuales e inquietudes políticas, calidades humanas y afinidades electivas con motivo de algunos congresos (memorables madrugadas en el bar del hotel Amara de Donostia con motivo de los congresos sobre el exilio vasco organizados por Josean Ascunce y Hamaika Bide Elkarte) y seminarios (por ejemplo, el organizado por nuestro Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL) en abril del año 2002 en torno a *Exilio e historia literaria*, en el que intervinieron también Francisco Caudet, José-Carlos Mainer e Ignacio Soldevila Durante, materiales publicados en la revista *Exilios y Migraciones* de AEMIC³. Por cierto, con motivo de aquel Seminario y por iniciativa de Mari Paz Balibrea, discípula directa de Blanco Aguinaga en Estados Unidos, el GEXEL publicó entonces el libro colectivo *Encuentros en la diáspora*.

³ Carlos Blanco Aguinaga, «La literatura del exilio en su historia». *Migraciones & Exilios*, 3 (diciembre de 2002), pp. 23-42.

Homenaje a Carlos Blanco Aguinaga, edición de la propia Mari Paz Balibrea, en donde se publicaron dieciséis trabajos de profesores universitarios e investigadores, tanto españoles como ingleses, mexicanos y norteamericanos (Antonio Alatorre, José Álvarez Junco, Manuel Aznar Soler, Antonio Carreira, Susan Kirkpatrick, Denah Lida, Rubén Medina, Marta Morello-Frosch, José María Ripalda, Juan Carlos Rodríguez, Julio Rodríguez Puértolas, James Valender, Sultana Wahnón, Anthony N. Zahareas), así como dos textos más escritos por novelistas (Rafael Chirbes y Roberto Ruiz). Un libro que era una forma de «reconocimiento a la dedicación de toda una vida profesional» pero que, como muy bien añade Mari Paz Balibrea, «lo que se considera aquí digno de homenaje no acaba, aunque lo incluya, con una ejemplar dedicación a las aulas y a la formación de estudiantes, o con un número singular de intervenciones decisivas y duraderas en el campo de la crítica literaria. La trayectoria vital e intelectual de Blanco Aguinaga desborda los límites de la academia o, quizá mejor, amplía ésta hasta conseguir una unidad de trabajo y vida en la que influyen y se retroalimentan vocación literaria y crítica, convicciones políticas y extraordinarias circunstancias históricas».⁴

Y esas «extraordinarias circunstancias históricas» están muy vinculadas a la guerra civil y al exilio, a la experiencia de un «niño de la guerra» que ha querido dejarnos testimonio escrito de su trayectoria vital en sendos libros de memorias: *Por el mundo. Infancia, guerra y principio de*

un exilio afortunado (Irún, Alberdania, 2007) y *De mal asiento* (Barcelona, Caballo de Troya, 2010). Navegar por el mar de sus páginas es, entre vida y literatura, entre historia y política, un verdadero lujo intelectual, un auténtico placer de la sensibilidad y una fiesta de la inteligencia.

Carlos Blanco Aguinaga fue ponente presencial o virtual de los cuatro Congresos Internacionales organizados hasta la fecha por nuestro GEXEL en la Universitat Autònoma de Barcelona. En el primero de ellos, en 1995, habló de los «Ecos del discurso de la Hispanidad en poetas del exilio: el caso de Cernuda»; en el segundo, en 1999 (sesenta años después), de «La cuestión de la vuelta en los poetas del exilio mexicano»; en el tercero, al que no pudo finalmente asistir, nos envió sin embargo un muy emotivo y entrañable «Testimonio» redactado tras la lectura de un artículo que le mandé y que se titulaba «El exilio español: entre Adolfo Sánchez Vázquez y Carlos Blanco Aguinaga», escrito en sus últimos días por Manuel Vázquez Montalbán, fallecido el 17 de septiembre de 2003 y que se había publicado póstumamente en la revista mexicana *Proceso* el 26 de aquel mismo octubre; y, por último, en 2009 (setenta años después), entre las voces de la segunda generación exiliada no podía faltar la suya y, por ello, tuvo la generosidad de mandarnos, ante la imposibilidad de leer en Bellaterra su texto, unas «Últimas y muy parciales meditaciones sobre el exilio en México», textos todos ellos publicados en sus correspondientes Actas.⁵ Por todas estas razones es muy lógico que en la

⁴ Mari Paz Balibrea, «Prólogo» a *Encuentros en la diáspora. Homenaje a Carlos Blanco Aguinaga*, edición de Mari Paz Balibrea. Sant Cugat del Vallès, Associació d'Idees-GEXEL, colección Sinaia-5, 2002, p. 9.

⁵ Carlos Blanco Aguinaga, «Ecos del discurso de la Hispanidad en poetas del exilio: el caso de Cernuda», en AA.VV. *El*

sesión de clausura de nuestro Quinto Congreso Internacional dedicáramos el 29 de noviembre del año 2013 un acto en homenaje a la memoria de nuestro querido maestro y amigo.⁶

Las dos primeras ponencias ya mencionadas de 1995 y 1999 se reproducen también en un libro titulado *Ensayos sobre la literatura del exilio español* (México, El Colegio de México, 2006), publicado en la serie «Literatura del exilio español» que dirige James Valender, libro de consulta imprescindible para todos los estudiosos del tema. Este volumen consta de ocho ensayos fundamentales que, además de los dos citados, son los siguientes: «A modo de prólogo: sobre la especificidad del exilio español en México», «Problemas que plantea para la historia literaria el exilio español de 1939», «La Primavera (perdida) y la Historia», «Max Aub y la cultura internacional del exilio republicano», «Al final del exilio, cara a la muerte: sobre los tres últimos libros de Emilio Prados» y «*Presencia*: breve nota personal sobre una revista juvenil del exilio».

Pero no puedo dejar de referirme, por último, a las cuatro últimas páginas de *De mal asiento*, y no porque en ellas se nombre a nuestro GEXEL –lo cual constituye todo un motivo de orgullo para nuestro grupo–, sino porque creo que reflejan perfectamente lo que Adolfo Sánchez Vázquez

llamó el «fin del exilio y exilio sin fin», es decir, la singular situación vital de un relevante y lúcido protagonista de la segunda generación exiliada como ha sido sin duda Carlos Blanco Aguinaga, quien en esas cuatro páginas finales resume con rigor y lucidez los problemas de identidad y la tragedia del desarraigo que le significaron durante sus últimos años de vida su condición de exiliado hispano-mexicano, así como la situación de «limbo histórico» en que se hallaba, a su modo de ver, su propia generación, la segunda generación de nuestro exilio republicano de 1939:

(...) Al cabo de unos pocos años me jubilé y he llegado a esa situación curiosa y apasionante que resulta de ser abuelo; que vamos a menudo a México, a ver familia y amigos y a ofrecer algunas conferencias; que hemos vuelto varias veces a España, pero ya sólo a visitar amigos y a dar alguna conferencia; y que, a más de seguir escribiendo novelas –y para sorpresa mía–, he escrito varios trabajos críticos sobre el exilio. Y digo que para sorpresa mía porque es que el exilio no me había interesado nunca antes como «tema» de estudio; pero hace ya varios años que, quieras que no, he escrito sobre los poetas españoles del exilio de México, alentado principalmente por el grupo GEXEL de la Autónoma de Barcelona, que dirige el buen amigo Manolo Aznar Soler. En particular, tal

exilio literario español de 1939, edición de Manuel Aznar Soler. Sant Cugat del Vallès, Associació d'Idees-GEXEL, colección Serpa Pinto-1, 1998, pp. 273-293; «La cuestión de la vuelta en los poetas del exilio mexicano», en AA.VV., *Las literaturas del exilio republicano de 1939*, edición de Manuel Aznar Soler. Sant Cugat del Vallès, Associació d'Idees-GEXEL, Actas VI del Congreso plural *Sesenta años después*, 2000, tomo I, pp. 439-458; «Testimonio», en AA.VV., *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, edición de Manuel Aznar Soler. Sevilla, Renacimiento-GEXEL, Biblioteca del Exilio, Anejos-IX, 2006, pp. 1147-1149; y, finalmente, «Últimas y muy parciales meditaciones sobre el exilio en México», en AA.VV., *El exilio republicano de 1939 y la segunda generación*, edición de Manuel Aznar Soler y José Ramón López García. Sevilla, Renacimiento-GEXEL, Biblioteca del Exilio, Anejos-xv, 2011, pp. 57-66.

⁶ Materiales publicados en «El exilio republicano de 1939. Viajes y retornos», edición de Manuel Aznar Soler, José-Ramón López García, Francisca Montiel Rayo y Juan Rodríguez. Sevilla, Renacimiento, Biblioteca del Exilio, Anejos-XXII, 2014, pp. 687-705.

vez, sobre la cuestión del rechazo de la «vuelta» en poetas como Emilio Prados, Moreno Villa, Juan Rejano y Cernuda. A más de algún trabajo de corte «teórico» sobre el significado de «exilio», no sin el apoyo crítico de Hannah Arendt. Como solía decir una amiga mía: «¡Mira por dónde!».

Pero ya hace algún tiempo que me di cuenta de que no debía haberme sorprendido por aquel nuevo interés en cuestiones de nuestro exilio. Repensando, por ejemplo, la dirección que desde el primer momento ha seguido mi obra narrativa he visto que, con dos parciales excepciones, toda ella trata de personajes y situaciones centrales del exilio español de 1939 en México, de su descentramiento y de su marginalidad tanto con respecto a España como con respecto a México. Y en las dos excepciones, la seudopolicíaca antes mencionada y un largo relato titulado *Ya no bailan los pescadores de Pismo Beach*, los personajes todos, tanto el detective español de *Ojos de papel volando* como los pescadores portugueses de Pismo Beach, California, viven descentrados y como ausentes de su realidad inmediata.

Y es que –según he entendido por fin después de tantos años– parece ser que una vez que en tu niñez te llevan al exilio y vives lo más de tu vida lejos de la tierra que te vio nacer no sólo no hay ya regreso posible, sino que no acabas de estar en el país al que llegaste refugiado. Pero no es sólo cuestión de quienes llegamos a México de niños. Porque tampoco los más de los mayores de nuestro exilio volvieron. De los intelectuales del exilio, por ejemplo, muy pocos volvieron a España. Entre ellos, el primero Gil-Albert (ya en 1947), luego Bergamín, más tarde Paco García Lorca, Jorge Guillén, Joaquín Casaldueiro y Ramón

Gaya, quienes murieron en España. De los no intelectuales, la gente de a pie del exilio, gentes que fueron haciéndose la vida en México con trabajos diversos así como mujeres «amas de casa», muy, muy pocos volvieron a su tierra de origen.

Muchos, desde luego, hicieron alguna visita a España, pero no para quedarse. Así, por ejemplo, mi madre, que visitó a su familia de Irún por una semana en 1958. O mi padre que, estando Iris y yo en Vitoria, se nos apareció en la primavera de 1982, pasó una semana en Madrid y fue luego a Irún en tren. (...)

En cuanto a los de mi generación, a menudo llamada generación «hispano-mexicana», casi no ha vuelto ninguno. Excepciones serían, por ejemplo, Elena Aub, que volvió de México y Cuba, o Claudio Guillén, quien volvió de los Estados Unidos y que no mucho antes de morir en Madrid llegó a ser académico de la lengua española. O Tomás Segovia, quien sigue viviendo entre México y Madrid. Los demás siguieron en México (Ramón Xirau, Pascual Buxó, Arturo Souto, José de la Colina, la pintora Lucinda Urrusti, Federico Patán...) o en Estados Unidos (Roberto Ruiz, Manolo Durán, quien esto escribe...) o en Italia (Enrique de Rivas). Y no pocos han ido con los años muriendo en México (Luis Rius, José Miguel García Ascot, César Rodríguez Chicharro, Benito Messegueur, José Luis Benlliure...). Pero tampoco con los de nuestra generación se trata sólo de intelectuales y escritores o pintores. En México han seguido viviendo y muriendo abogados, ingenieros, doctores, editores y/o profesores de nuestra generación, más miles de otros refugiados, no pocos compañeros de colegio, dedicados a tareas tan comunes y corrientes como trabajar en empresas o montar negocios. Toda una

generación de miles de «hispano-mexicanos» que, habiéndose mexicanizado pronto sin olvidar su infancia española, nunca han sido del todo ni españoles ni mexicanos.

Así es que lo mío, como los de mis compañeros de generación de México, ha sido y es el limbo histórico.⁷

Vuelvo a recordar ahora los versos de Carlos Blanco Aguinaga que hablan sobre la inminencia de la muerte («Lo importante ya, / a estas alturas, / es morir bien. / Y quiero decir / no sólo sin excesivos / dolores propios, / sino sin provocar / excesivos dolores en los demás. / Quienes, por otra parte, / han de saber de sobra que uno, / como todos, tiene un día / que morir») y, en este sentido, el último correo electrónico que Carlos me envió está fechado el 23 de marzo de 2012 y es su respuesta a mi anuncio de que le acababa de mandar un ejemplar de *El exilio republicano de 1939 y la segunda generación*, volumen colectivo en donde había una sección dedicada a él, compuesta por seis trabajos de Mari Paz Balibrea, Iñaki Beti, María Bueno, José Ramón López García, Mario Martín Gijón y Ricardo F. Vivancos. Y su correo dice así:

Querido Manolo:

Aunque venga por barco, espero el volumen de «Segunda generación», que supongo habrá quedado tan bien como todas vuestras cosas. Y aprovecho para decirte que en enero me diagnosticaron un cáncer de riñón y que estoy tomando una medicina brutal que me tiene cansado y con la cabeza bastante menos que clara. Pero eso no hace que me olvide

de vosotros, a quienes estoy siempre agradecido, por lo que hacéis y por la amistad. Y te mando un cordialísimo abrazo.

Carlos.

Y como sabemos que el olvido es la muerte definitiva y hemos querido y queremos tanto a Carlos, nos queda felizmente su obra de creación y crítica, que crea memoria y conciencia, belleza y vida. ■



⁷ Carlos Blanco Aguinaga, *De mal asiento*, ob. cit. pp. 318-321.